

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

EL KIOSCO.

I.

La Sociedad Protectora de los Animales de Paris, tenia establecido en la Exposicion Universal un *Kiosco*, el cual ofrecia en su frontispicio á los visitantes una porcion de lemas que nos han sido transmitidos por uno de nuestros socios corresponsales, admirador entusiasta de esta seccion de aquel famoso concurso. El Sr. D. Esteban Torent nos ha proporcionado con esto una gran satisfaccion, porque nos da materia para entretener á nuestros lectores y hacer justicia á nuestra hermana de allende los Pirineos al glosar sus profundos y deliciosos aforismos.

Hallábanse estos convenientemente repartidos á derecha é izquierda de la entrada, y en este mismo orden vamos á comentarlos empezando por los de la derecha.

I.

Au regard de celui qui fit l'immensité, l'insecte vaut un monde: ils ont autant coûté.

A los ojos del que hizo la inmensidad, el insecto vale tanto como un mundo: lo mismo ha costado el uno que el otro.

No en lo grande, en lo pequeño se muestran mejor la sabiduría y el amor de Dios: sin duda por eso, sabiduría y amor son á la manera de dos lentes de aumento destinados á esclarecer y á iluminar lo chico, á analizar y á penetrar en lo pequeño. El pensamiento busca en el pliegue de lo microscópico y en el prodigio de lo impalpable el gran misterio, y cuando lo ha encontrado se llama sabio; y el corazon funde con el fuego del senti-

Febrero 15, 1879.—TOMO V.—Núm. 16.

miento la diminuta escoria de la conciencia y el inapercibido arcano del alma, y cuando ha tropezado con el secreto se aleja ufano y radiante de amor.

Jehová crea el mundo para probar su omnipotencia y luego hace el insecto para anonadarnos con su sabiduría, y Cristo redime á la humanidad para mostrarnos que es divino y luego se enamora del niño y del pecador para anegarnos en su misericordia.

En lo chico se vé más claramente á Dios, ó por lo ménos se le vé bajo un aspecto más seductor, más admirable, más tierno y más asequible al pensamiento y al corazón del hombre.

Hay quien contempla la bóveda de los cielos y luego niega osadamente á Dios, y estudia científicamente un infusorio y cae rendido confesando su existencia. Hay quien discute la divinidad de Cristo pensando en sus prodigios, y enmudece y se humilla al ver su ternura con los niños, su piedad con los pecadores y su amor á los pobres.

Se habla de que Dios hizo el mundo, y se encuentra quien se encoge de hombros y responde friamente que el mundo se hizo á sí mismo; se muestra una leve mariposa, y el incrédulo reflexiona en que el alado insecto no pudo hacerse á sí propio y en que es muy difícil explicarle de otro modo que por la existencia de una causa inteligente hasta la sabiduría y poderosa hasta el infinito.

Paralelamente, se desarrollan ante los ojos de algunos las estupendas señas que anunciaron de un modo sobrenatural la venida del Mesías, y el escéptico niega el valor de profecías y milagros; se les señala á Jesús crucificado entre ladrones, redimiendo pecadores, compadeciendo á los verdugos, predicando la justicia y el amor, la fraternidad y la libertad, y la duda se sofoca y calla, y la conciencia rebelde se confunde y cree.

Siempre el gran efecto, surgiendo de la causa chica; la reforma moral, del pensamiento del detalle; el hombre tropezando en el grano de arena; la incredulidad pasmada ante el insecto. Para Dios, como para el hombre, lo débil, lo tierno, lo pequeño, vale más que lo fuerte, lo duro y lo colosal. ¿Para qué quiere Dios lo grande si le basta con su grandeza, para que lo fuerte, si tiene su omnipotencia y para que lo duro si está armado de su justicia? Por eso ha sometido á su voluntad los mundos y rechazado á los tiranos; por eso ha llamado á sí los niños y ha

anatematizado á los verdugos; por eso se ha deleitado entre pobres y pecadores y ha reprendido á los ricos y azotado á los fariseos; por eso, en fin, deja que el mastodonte y el elefante admiren al naturalista y se complace en el cuidado que se le presta la oruga y con el beneficio hecho á la abeja y al pajarillo.

No es la vida más grande cuando se encierra en organismo mayor; ántes bien es más admirable cuando brota de un cuerpo microscópico; y puesto que nuestros deberes como protectores se fundan en la vida, ved que no pueden sino agrandarse á medida que se concentran. Para el hombre como para Dios, el insecto tiene su valor: y pues que este es un verdadero microscopio, es evidente que vale tanto como un pequeño mundo.

II.

Si l'homme est le Roy des etres inferieurs, il ne doit pas en etre le Tyran.

Si el hombre es Rey de los seres inferiores, no debe por eso ser su tirano.

Empecemos por consignar que el título de *Rey de la creación* se lo ha adjudicado el hombre á sí mismo: lo posee, pues, por sufragio propio; despues, modestamente lo ha restringido á *Rey de los hombres*, cediendo del modo más gracioso al leon, con quien presume tener algun parecido, el título de *Rey de las selvas*; y como quiera que el cargo, aun empuqueñecido y limitado, tuviese muchos aspirantes, se ha visto obligado á reducirlo todavía más, hasta concretarle á *Rey de un Estado*.

Mas este ha sido el hecho; en cuanto al derecho, el hombre no ha abdicado nunca su soberanía universal y sigue llamándose todavía en los libros, que es donde ha consignado siempre sus utopías, *Rey de la Creación*.

Ahora bien: ¿cuáles son los títulos para esta soberbia? Sin duda alguna el innegable y excelente privilegio de su inteligencia, ó mejor dicho, de su conciencia; porque algunos filósofos extravagantes que han querido redimir á los animales del dominio humano, han dotado á estos de inteligencia, repartiéndola gradualmente por toda la escala zoológica. Entonces el hombre ha cambiado la palabra, y fundando en la conciencia su superioridad, ha seguido ocupando el primer puesto en la citada escala y aun pretendiendo formar por sí un grupo aparte con el nombre de *reino hominal*; esto es, reino en que no entran los animales, á ménos que el hombre no los introduzca para devo-

rarlos, y entónces les hace pagar con la vida el derecho de puertas.

Como las alturas causan vahidos, el hombre en lo alto de su pedestal ha sentido desvanecimientos de la hinchazon y de la soberbia, y como cuando la estatua se marea y oscila, patea sobre el pedestal para asegurarse, el *Rey de la Creacion*, atacado de mareos de orgullo, ha zapateado sobre toda la especie animal colocada á sus plantas, haciendo de su figura peso insoportable y de su dominacion tiránico yugo.

Apesar de tener conciencia de sí, no ha vacilado en abatirse con sus torpezas hasta ponerse por bajo del animal; y á pesar de su alta inteligencia, no ha querido entender que su destino está ligado á esos seres inferiores como el de la estatua al pedestal; porque si no, dígasenos que vale una figura por bella que sea, cuando no tiene columna en que colocarse ni medio de superar el nivel de la muchedumbre.

Así es, que cuando, con toda la conciencia de su dignidad, se ha limitado el hombre á recorrer el mundo seguido de animales que á su voz bailan y evolucionan, obedecen y trabajan, ganándole así el sustento que debió ser producto de sus manos y resultado de su ingenio, se ha puesto torpemente por debajo de esos seres á quienes confía su propio destino, al ménos en cuanto tiene tambien de animal, toda vez que no ha elevado el pensamiento á lo que dicho destino tiene de intelectual y moral. Y cuando, sediento del lucro y aficionado á la holganza, se ha dedicado á domar fieras, á jugar con culebras, á correr caballos, á cazar con halcones y trampas, á reñir gallos, á adiestrarse en matar con el tiro sobre animales vivos, á lidiar toros y á otra porcion de ejercicios en que la crueldad ocupa el lugar del concepto de sí, y la barbarie ó la astucia el del valor, y la inteligencia el del egoismo ó la chiripa, el *Rey de la Creacion* se nos ha aparecido muy inferior á sus súbditos, manchado con el feo vicio de la tiranía, desdichado patrimonio de la *especie hominal* que no alcanza á rebajar el género humilde de los animales.

Los despóticos hábitos ejercidos sobre estos, han pasado luego, por razon de la inflexible lógica, á ejercitarse sobre los hombres: y como no era posible esta traslacion dejándo á estos la racionalidad, empezóse por embrutecerlos, siguióse por despojarlos jurídicamente de su personalidad y concluyóse por llamarles *parias*, que quiere decir *bestias*, *ilotas*, que significa *imbéciles*.

cosas que vale tanto como *maebles*, *sierros* que equivale á *rebaños*, y por último, *vasallos*, *servidores*, *cortesanos*, *domésticos*, &c.^a, que tanto monta como seres incompletos, imperfectos, desiguales, de otras razas y otras castas, sin libertad, dignidad ni derecho.

La civilizacion con la palanca evangélica, ha tumbado todo este catafalco de aberraciones: el progreso sigue, la marea sube y despues de redimida la humanidad que hizo el idolo, se intenta redimir á la creacion que forma el pedestal. Cuando tal suceda, el hombre ocupará el puesto que le corresponde en el universo; dominará por su pensamiento; pero será inteligente y sabio su dominio, acompañará al imperio sobre los demas el imperio de sí y servirá la conciencia del propio destino de fundamento á las relaciones en que ha de desenvolverse con los otros seres, sus inferiores en racionalidad, en sabiduria y en virtud. Entónces comprenderá el hombre que se puede ser *Rey de hombres* y *Rey de animales*, sin ser jamás tirano de unos ni de otros; y lo que es mejor, se convencerá de que si ha de ser *Rey* es preciso que no sea *Tirano*; cosa por demás sencillísima de ejecutar, porque bastará para ello gobernar á los hombres con *justicia*, á los animales con *prudencia* y á todos con *orden y moralidad*.

III.

Tout ce qui aime, a le droit d'etre aimé; tout ce qui souffre a un titre á la pieté.

Todo lo que ama tiene el derecho de ser amado; todo lo que sufre tiene un título á la piedad.

He aquí las fórmulas de un deber de justicia y otro de amor, ambos arrancados del código eterno de la moral universal.

Todo cuanto ama debe ser amado, expresa una tierna y dulce reciprocidad de afectos calcada en la justicia: porque al amar, tenemos derecho al amor y al sentirnos amados, el deber de otorgar el mismo afecto.

Jamás es más suave el lazo inflexible de la justicia que cuando se apoya en la caridad: elévalo esta á la categoría de una religion y á la práctica del más agradable y ferviente de los cultos; porque no hay acto justiciero mejor cumplido, que el que se realiza por impulso tiernísimo del sentimiento y bajo el dictado conmovedor de la ternura.

Si diéramos con el secreto de hacer al hombre amante del

bien, habríamos resuelto el problema social; más aun, el problema humano: porque el que ama procura el bien del objeto amado; y si el objeto es bueno, el amor ha dado con su destino y su ley, y el hombre no ejecutará otra cosa que el deber.

Ahora bien, es ley general que ame el corazón cuanto está hecho, y procede, en su beneficio; así acontece con la naturaleza en general y con cada ser en particular; luego el deber de amar se desprende de la justicia de ser agradecidos. Los títulos al amor ageno, se hallan en el amor nuestro: bellísima correspondencia de los corazones, atmósfera saludable y perfumada que envuelve á la creación: la naturaleza nos ama, el Creador nos ama por medio de la naturaleza, luego debemos amar al Creador y á la Creación.

Esta nos admira, nos enseña, nos educa, nos aprovecha, nos sirve, nos es necesaria, nos ama por tanto, ó nos ama Dios por ella; luego por ley de justa correspondencia le debemos interés, solicitud, agradecimiento, respeto, servicios, correspondencia y cariño. Tomad todos estos sentimientos, agrupadlos y hareis con ellos una religion: el Dios á quien se encamina está en los Cielos, más el templo es el Universo y los objetos directos del culto, los que han de recibirlo, son los seres bellos, útiles, provechosos, dóciles, espléndidos y afectuosos que pueblan ese tabernáculo augusto y que vienen, bajo sus eternas bóvedas, á cumplir la voluntad del Creador y á ofrecernos sus ricos dones como preciosos elementos para nuestro doble destino material y espiritual.

Negar el principio de la correspondencia amorosa entre las criaturas, es proclamar la ingratitud y el egoismo como deberes, la tiranía y la crueldad como sistemas, la fuerza y el odio como medios sociales. Asentar el amor sobre la base de la justicia, es procurar la armonía y el concierto entre cuanto vive y se acondiciona, fundar la apacibilidad y la ternura en las relaciones universales y traer á la sociedad el derecho por fin, el amor por medio predilecto, y la ventura general por resultado.

Todo cuanto sufre merece piedad, es un precepto que, recíprocamente al anterior, calca la justicia humana en el amor. Trátase de dar á cada cual lo suyo, y lo propio del sufrimiento no puede negarse que es la conmiseración.

Entre los animales hay instintos equivalentes á la piedad; por que los hay que sustituyen al amor, á la fidelidad, á la adhe-

sion y hasta al sacrificio; y cuando vemos la indiferencia al lado del dolor, viénesenos á la mente la consideracion de que son animales. Entre los hombres, la impassibilidad asombra ó repugna y acusa falta de sensibilidad moral y hasta de humanidad en el sentimiento, y como en su lugar no quedan esos instintos que admiramos en los animales, el hombre impío vale ménos que muchos de estos y tanto como los que nos parecen más groseros y más imbéciles.

Sólo la animalidad más completa puede explicar la impiedad más monstruosa; en la misma proporcion en que se siente piedad por el que sufre, se posee el sentimentalismo humano ó la hominialidad racional. Por eso, á cambio de esos instintos que nos dan algunos animales como muestras de humildad, adhesion, fidelidad y afecto, debemos á todos interes, compasion, auxilio y piedad, cuando se hallan en peligro ó son víctimas de algun padecimiento.

Maltratarlos, ofenderlos por placer, matarlos por entretenimiento, deleitarnos en su suplicio, tiranizarlos en nuestro dominio, abusar de sus fuerzas, imponerles trabajos que no pueden consumir, apartarlos de sus naturales condiciones orgánicas violentando su estructura mecánica, sus tendencias y sus empleos y pagarles con un acto de barbarie ó siquiera de desprecio sus servicios, es una cobardía, una vileza que nos acusa de falta de honradez, de justicia y hasta de humanidad.

Prended fuego á un toro, vended para la lidia vuestro caballo de batalla, desplumad vivo al gallo, saltad los ojos á las moscas, arrebatad su nido al ave, martirizad al mono para que aprenda á dar saltos mortales, apostad á correr á vuestro carretero ó vuestro cerdo, jugad al gana pierde con vuestro asno y dadlo al adversario para que lo monte, aplicad una pajuela encendida al murcielago infeliz, descuartizad viva un ave de corral ó matadla á palos vendados los ojos y la inteligencia, martirizad al perro que se muere tal vez por haberos salvado la vida, cometed cualquiera de esos actos de repugnante barbarie, y estad seguros de que en todos ellos valeis inmensamente ménos que el animal sacrificado.

Del martirio del animal al martirio del prójimo, no hay más que un paso: y si el hombre se atreve con el ser inferior y no con el igual, tanto peor; porque este es claro indicio de su cobardía y su vileza.

Un impío lo es siempre y con todo el mundo: el mal tiene también su lógica y para hacerle faltar á ella es preciso que algún vicio mayor le salga al paso; para que un tirano deje de serlo, es menester que empiece á ser cobarde, que tiemble; porque una barbarie no se deja de hacer nunca mientras se puede.

Incluimos el caso en que se niega la limosna al pobre y se le dan bizcochitos al perro que duerme sobre plumas; porque entonces la hipocresía y la aberracion esplican la exageracion para con el animal y la impiedad para con el hombre; práctica es de beatas solteronas que arden en odios contra la sociedad y se valen de los animales para sus alardes de candidez y sensibilidad.

Concluamos, pues, que debemos amor á cuanto nos ama por deber de justicia, y compasion á cuanto sufre por imposiciones de aquel amor y fuero de nuestra propia humanidad.

IV.

La pitié ne doit cesser que lá ou cesse la douleur.

La piedad no debe cesar, sino cuando cesa el dolor.

Esto es; debe durar la conmiseracion cuanto dure el sufrimiento: principio evidente, porque ni se puede ser compasivo á medias, ni el efecto *piedad* ha de durar ménos que su causa la *desdicha*.

Dada la escitacion sensible ocasionada por un infortunio, ni el mismo corazon humano podría volverse atras ó borrar el dolor ántes que su causa se extinga: de lo contrario, en vez de atacar las fuentes en toda circunstancia afflictiva, se combatiría directamente la pena sin cuidarse del motivo, con lo cual se llegaría al estado absurdo de vivir en medio de los dolores con todas las dulzuras del consuelo y aun de la ventura.

Un pecho sensible permanece en el dolor mientras subsiste la desgracia, porque resiste la piedad en tanto que obra sobre él la perspectiva del sufrimiento; un pecho egoísta sería únicamente el que podría contener los latidos de su pesar ántes que se secaran las fuentes del disgusto, y un pecho egoísta no siente el disgusto nunca ni la piedad tampoco; está mudo porque está sordo; está paralítico, porque está helado.

Lo que el axioma quiere decir por lo tanto, es que mientras existe piedad, hay vitalidad para luchar contra el infortunio,

actividad para combatir contra el dolor ageno y deber moral de extinguir el sufrimiento de otro sér cualquiera.

La naturaleza es muy sabia y, para hacernos volar en auxilio del que padece, ha puesto dentro de nosotros el aguijon terrible del dolor y la voz imperiosa del deber de la piedad. He aquí que la ley del sufrimiento hace solidarios á todos los séres: he aquí que el dolor es lazo estrechísimo, al par que suave, consolador y sagrado; y que corazones que pueden contemplarse friamente en tiempos prósperos, en los calamitosos se aproximan y unen, aun saltando por encima de diferencias artificiales de secta, nacionalidad, raza, edades y sexos y, lo que es todavía mejor, antagonismos y enemistades, odios y rencores.

El llanto ageno desata los raudales en nuestros ojos, corre-mos hacia el que gime é, impresionados por él, pero conservando más tranquilidad, más imparcialidad y más aptitud que él para investigar estudiar y combatir la causa, nos ponemos de su parte y contribuimos á destruir el obstáculo de su dicha, á curar su llaga y á burlar el maléfico influjo de la desgracia. Durante este tiempo la piedad nos sostiene, el amor nos da fuerzas, el sentimiento del deber nos entusiasma y, cuando el triunfo llega y el alma descansa, ya la compasion no tiene fundamento porque la calamidad ha pasado y el infeliz sonrie.

Un paso más, un grado de sensibilidad y un grado de moralidad más, y lo que hacemos por el hombre á toda costa y por encima de todas las diferencias, lo haremos por el animal. Después de todo, en la esfera sensible es en la que existe el punto de tangencia entre el animal y el hombre; porque si siempre se diferenciaron en el sentimiento moral, en cambio siempre habran de parecerse en el sensualismo vital, ó sea en el sufrimiento y el placer meramente sensibles.

Un toro martirizado en la plaza, es como un hombre atormentado por la inquisicion; un ave despojada de su nido, es como una madre á quien secuestran sus hijos; una cierva cazada en un bosque, es como un blanco asesinado por un antropófago; y un asno molido á palos bajo su carga, es como un esclavo azotado por un capataz bajo el peso de su cadena: en todos estos casos y en otros muchos, la naturaleza está contrariada: el sér que sufre es digno de compasion y aquel otro que sea capaz de experimentarla debe ponerse de su parte, ayudarle á resolver el cruel problema de su desventura y triunfar con él ó con él caer.

Caer!.. Quizas esto por ser evangélico es utópico: ¿quién puede imponer como obligación moral el heroísmo? ¿Y quién osaría llegar á tanto tratándose de un animal? La moral natural sólo exige que no hagamos daño inútilmente, que en caso de necesidad hagamos el ménos posible y que igual conducta enseñemos, aconsejemos é impongamos, si es preciso, á lo demás. Tal es en nuestro concepto el sentido del aforismo francés.

Nuestros lectores estarán fatigados: dejemos, pues, para otro día los comentarios (ligerísimos por otra parte) que estamos haciéndoles á las inscripciones proteccionistas estampadas en su *Kiosco* por nuestra hermana la celosa cuanto ilustrada Sociedad Parisiense Protectora de Animales.

Nos queda que recorrer el lado izquierdo de aquel elocuente pórtico.

El Secretario General,
ROMUALDO A. ESPINO.

A NUESTRA HERMANA MATRITENSE

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES Y PLANTAS.

Aunque á vosotros nos dirijimos, no es porque á vosotros solos deban hacerse ciertas advertencias, sino porque el relato que á continuación insertamos, está tomado de un periódico de Madrid y se refiere á un sucedido de la villa y corte.

Por lo demás... *A tí te lo digo suegro, enténdolo tú mi yerno*: nosotros mismos pudiéramos aplicarnos algo de esto, pues á pesar de los bandos de buen gobierno, de las ordenanzas municipales, del celo de nuestros socios y de los casos de multa con que se ha procurado la ejemplaridad penal, siguen los carros arrastrando más peso del debido y las mulas tirando cruelmente de esos carros que parecen cargados con el peso de los pecados humanos; siguen los carreros armados de sus látigos y lo, que es peor, de sus *chispas* y, lo que todavía es peor, de su natural barbarie, agregando á la fuerza orgánica de las caballerías el aguijón del dolor para hacerlas subir nuestras cuestas, doblar nuestras agudas esquinas y desempedrar nuestro costoso adoquinado; y siguen, en fin, las autoridades dormidas apaciblemente sobre las ordenanzas, la codicia y el interés mercantil velando, mientras la autoridad duerme, para cometer la infracción como niño revoltoso que aprovecha la modorra de su mamá, y la amistad, la conveniencia, la socarronería ó la travesura distrayendo á los alcaldes para que no vean, ó seduciéndoles para que hagan como que no ven, mientras que algun carrero turba la paz del vecindario con los trancazos que arrima al misero animal, hiere los oídos femeninos con las palabras enfáticas que mezcla en su dialogismo con las bestias, ó conmueve á los transeúntes con el espectáculo de su barbarie, causando el divertimento de los más rudos y la indignación de los más cultos.

Ver á una pobre mula aprisionada bajo las varas de un carro, ver á un

carro astillando con un peso enorme, y ver en fin coronando el cuadro al *rey de la Creacion* con unos cuantos vasos de aguardiente dentro del cuerpo, el palo levantado y haciendo uso de un lenguaje que no fué el que le enseñó Dios, sino el que aprendió de su papá (q. e. p. d.), no es cosa rara entre nosotros. Pero en fin; el caso que voy á referiros por boca ajena ocurrió en Madrid, y, bien entendido que de él tomaremos para nosotros la lección que se desprende, bueno será que le conozca la Sociedad Protectora de Madrid, donde, por lo mismo que hay más vida, hay más carros, y por tanto más carreros y por ende más caballerías sacrificadas. Hé aquí la historia:

«*Gran espectáculo*, gratis para todos, y á todas horas, equivalente á una gran corrida... si no de toros, de vergüenza para la villa y corte.

En la calle del Olivar, que como es sabido, recuesta su cabeza en la calle que por esto se llama de la Cabeza, y se lava los pies en el mercado, que de aquí toma el nombre de Lavafuente, y cuya cuesta es tal, que más bien que se recuesta, parece como que la calle se está levantando, principalmente en el tramo desde la de San Carlos á la del Olmo, hay una tahona, un taller de mármoles, un almacén de maderas, una carbonería y otros menesteres, con cuyos motivos, y sin ellos, todos los días, y todas las noches, suben por esta calle con empeño, y bajan por ella despeñándose, carros de trigo y de carbon, de carne y de maderas, de mármoles y de mudanza, sin contar los de pedruscos y cascote, ni los coches de alquiler, ni otros carromatos; y como la cuesta es tan pesada, y tan pesados ellos, escusado es decir que la suben y la bajan por el sistema de *similia similibus*; lo cual proporciona al vecindario la desproporción de que cada martes y cada viernes, y cada lunes y cada juéves, y cada miércoles y cada sábado, sin exceptuar el domingo, presencie, quiera ó no quiera, escenas las más brutales y feroces, capaces de horripilar al pueblo más salvaje, si no está suficientemente civilizado; porque si lo está, ya no le horripilan.

Allí, los animales de dos pies sin pluma y los de cuatro patas con pelo, dan batallas matutinas, y vespertinas, y nocturnas, por quitarse allá esas cargas.

Allí ventilan en singular combate, de hombre á bestia, sus lances de honor, cocheros y caballos, y allí, en ocasiones, se suele poner de manifiesto y en relieve la nobleza y pundonor de las caballerías que no pueden subir la cuesta, y los fieros y la rusticidad de los apuestos caballeros que se empeñan en que la han de subir, mal que les pese, y allí, no bien se ha terminado (que nunca se termina bien) un singular combate de esta catadura, cuando se comienza otra batalla del mismo jaez, entre mulas y carreteros.

(*) Ayer, sin ir más lejos, se trabó una de las más lucidas que pueden esculpirse en mármoles y tallarse en bronce, en la que lucharon de una parte siete mulas que tiraban de un carro cargado con más madera que la que pudieran cargar catorce de ellos, y de la otra, cuatro carreteros que lo guiaban. En vano las desaforadas voces de los desaforados conductores, gritando ¡Coronela! ¡Artillera! ¡Gallarda! ¡Leona! atronaban la calle y el barrio, haciendo retremblar los cristales de todas las casas; porque ni la Leona, ni la Gallarda, ni la Coronela, ni la Artillera, podían las pobres hacer más de lo que hacían, sin adelantar un paso, á pesar de todos sus esfuerzos y pujanza; de lo cual picaresce el amor propio de los carreteros.

(*) De este AYER hace tiempo: no hay que tomar la frase literalmente; pero como de tal AYER hay muchos HOY, y se corre el peligro de que los haya MAÑANA, importa poco que el pretérito sea imperfecto, perfecto ó pluscuamperfecto, con tal que el futuro sea «perfectísimo», hasta el punto de que no se den tales casos.

(¿a quienes podemos llamar el Coronel, el Artillero, el Gallardo y el Leon) mucho más viendo que los contemplaban desde los balcones de toda la calle cuatro generaciones, una de párvulos, otra de adolescentes, otra de adultos, y otra de ancianos, que estaban siendo testigos presenciales de aquella maravilla del poder carreteril; y como se les hizo puntillo de honra el salir con su empeño adelante, artilláronse gallardamente con sendos garrotes, y bravos como leones, se arrojaron á coronar la fiesta, descargando tal y tan recia, y tan prolongada lluvia de garrotazos sobre las pobres bestias, que lograron que todos los espectadores quedasen convencidos de que las vencian en bestialidad,

Y se oyó en aquel momento
que un carretero gritó:

«¡Nos ganareis á talento,
más lo que es á fuerza, no!»

Con este desahogo, rendidas ya las fuerzas de ellas y las de ellos, y viendo ellos que ellas tenían razon sin ser racionales, y que ellos no la tenían, siéndolo, quisieron partir la diferencia, echando al suelo la mitad del cargamento; y así lo hicieron, y se repitió la bárbara escena sin mejor éxito que ántes, hasta que por fin, descargando la mitad tambien de aquella mitad que en el carro quedaba, las mulas salieron á escape por las veintiocho patas, echando chispas, no tan grandes como las que suelen llevar los carreteros en los días de tanta solemnidad.

Tan gloriosa accion duró cuatro horas, desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche. La del día anterior duró poco más ó ménos lo mismo.

Nosotros quedamos queriendo recordar que, si mal no recordamos, hay escrito algo teórico sobre esto en los bandos de buen gobierno, y esto nos ha movido á escribir tambien algo práctico é histórico sobre lo mismo.

Cuando en dicha calle no ocurren escenas tan ruidosas calle arriba, no dejan de ocurrir otras más estrepitosas calle abajo, á cuyo estruendo bien puede cantar cualquier poeta:

De lo alto en la calle aparece,
Por su dueño tal vez alquilada,
Una mula cubierta de polvo
Y un carro de granzas.
¡Cuánto guijó, pedrusco y cascote
Ella deja caer por do pasa,
Al compás que una mano negruzca
Le dá con la vara!
¡Cuántas veces al ir cuesta abajo
Cae la mula, y el carro la arrastra,
Y allí espera que llegue la ira,
Y en los huesos le rompa una estaca!

No pertenecemos á ninguna asociacion de las que se titulan protectoras de los animales, por parecernos que esas asociaciones pierden el tiempo machacando en hierro frío; y que lo que debieran hacer para conseguir su objeto, es proteger al hombre, esto es, desbravarlo, y desvastarlo y amansarlo, con lo cual quedarían protegidos los animales todos, y toda la naturaleza.

P. D. Aunque haya carreteros que digan en todos los tonos, que la letra con sangre entra, es lo cierto é indudable, que las desmedidas violencias contra los animales, son el prólogo, la introducción, que natural y necesariamente conduce á las violencias contra las personas."

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

Tipografía de José M.^a Gálvez, Tenerife y Sacramento 42.—Cádiz.